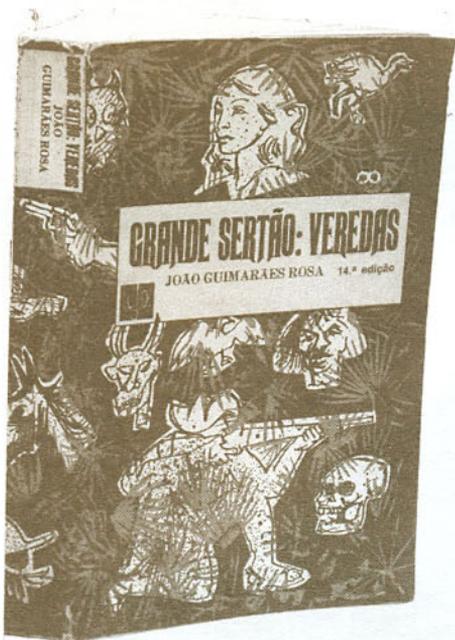


La Presencia d Homenaje a João

Alejandro Torres Gallegos
Diseño de la Comunicación Gráfica



Cordisburgo, un pueblo perdido en el centro de Minas Gerais, allá en Brasil, encontró una voz que llevara sus historias al mundo hace 100 años: João Guimarães Rosa.

La División de CyAD de la Universidad Autónoma Metropolitana Xochimilco, conjuntamente con la Cátedra Guimarães Rosa de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM y el Centro de Estudios Brasileños de la ciudad de México, organizó el pasado viernes 10 de octubre la jornada "La Presencia de lo Indecible. Homenaje a João Guimarães Rosa", con motivo del centenario de su nacimiento.

Libros originales, primeras ediciones, grabados, libros de cordel, videos, películas, lectura de textos fueron el medio para conocer la vida y obra de uno de los grandes exponentes de la literatura latinoamericana del siglo XX.

Los diferentes expositores hablaron de Guimarães Rosa como de un amigo cercano, contaron anécdotas y se emocionaron al leer y escuchar sus historias. Dejaron que la comunidad universitaria pudiera conocerlo, que saboreara cada una de sus palabras, que se mantuviera en silencio para escuchar los susurros del Sertón.

Lyara Apostólico, Valquiria Wey y Alejandro Tapia presentaron al contador de historias. Contagiaron de su devoción por el autor, quien, en palabras de la propia Lyara "es equiparable con grandes figuras de la literatura como Shakespeare y Cervantes".



Foto de Janet Velázquez: Lyara Apostólico

e lo Indecible Guimarães Rosa



Mediante un documental, grabado en el pueblo del escritor, los contadores de historias del museo Guimarães Rosa de Cordisburgo, nos convirtieron en amigos de Miguelín. Nos permitieron escuchar la voz infantil que el propio escritor y poeta le dio a su personaje, una voz inocente y aventurera. Pudimos ver la vida a través de su mirada corta (es que Miguelín padecía miopía), participamos del sufrimiento del niño al perder a su hermano, y descubrimos el valor de la amistad y la importancia de la familia. Pero sobre todo, nos mostraron que la literatura de Rosa es capaz de diluir las fronteras territoriales y de lenguaje.

Su trabajo no fue sólo escribir, más que nada fue escuchar. Conoció campesinos y doctores, soldados y pescadores, niños y forajidos, hombres y mujeres. Escuchó al Sertón. Escuchó al lenguaje. Quizá es por eso que Rosa era un autor que escarbaba en las profundidades del alma humana y las entendía. Sus cuentos eran lecciones de vida y su propia vida estaba tejida de cuentos, de historias.

Con sus palabras puedes oler el barro y sentir el aire tibio y húmedo del Sertón brasileño, recorrer sus caminos y veredas, escuchar a sus habitantes contándote sus propias historias; incluso los animales tienen una voz propia, los bueyes conversan y los ríos lloran. Guimarães Rosa podía dar voz a un niño, a un bandido, a un matón y a una madre con una cualidad de esas de las que sólo un contador de historias de pueblo puede tener. Guimarães Rosa mostró que el lenguaje rebuscado y pretencioso no es la única forma de hacer literatura. Sus palabras eran sencillas y espontáneas. La lengua nunca lo limitó, fue su cómplice... su amante. 🐾

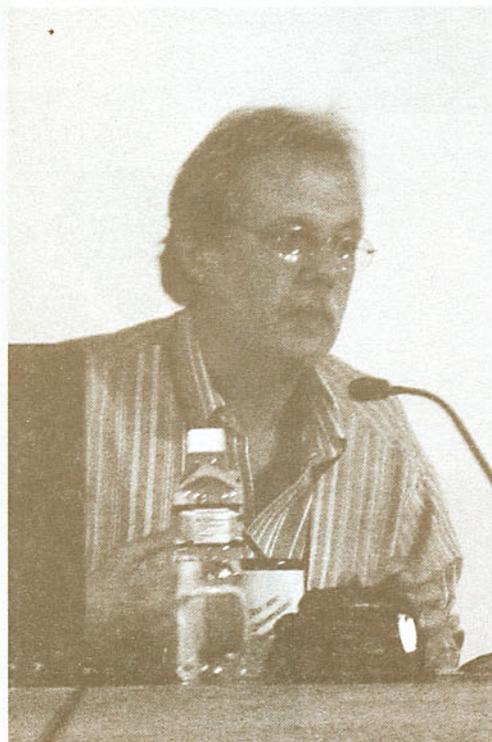
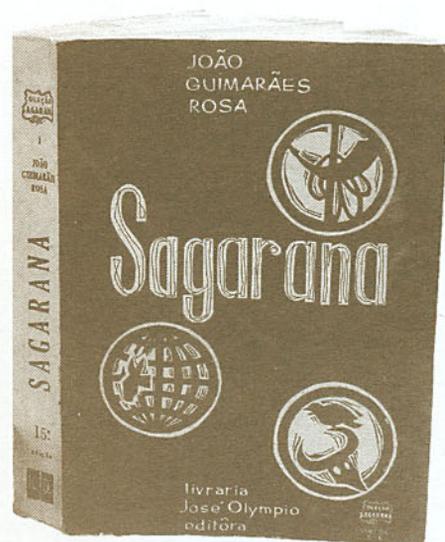


Foto de Lorena Páez: Bruno De Vecchi

HECHO DE MEMORIA: El poeta no duerme: viaja por la cuerda del tiempo. El poeta está hecho de memoria